

## LA RELEVANCIA DEL MALENTENDIDO <sup>1</sup>

Marcelo Dascal (Universidad de Tel - Aviv)

Traducción de Julieta Haidar

1. Entre los filósofos y los lingüistas se han entablado muchas discusiones sobre la naturaleza del "entendimiento" (*understanding*) y su relación con el significado, pero hasta ahora poca o ninguna atención ha sido prestada al malentendido (*misunderstanding*).<sup>2</sup> Probablemente, la razón de este desinterés reside en la hipótesis de que el malentendido no es nada más que un "entendimiento" imperfecto o desviado y, por lo tanto, fácilmente definible en términos de un "entendimiento", al cual alguna forma de negación, convenientemente seleccionada, le es añadida. Se creía que en el momento en que una teoría del "entendimiento" fuera elaborada, sería posible proponerse, sin dificultades, una explicación teórica del malentendido. Confieso que, hasta cierto punto, compartí esta suposición que, ahora, considero un tanto ingenua. En verdad, cuando pensé en escribir este artículo, mi intención era presentar una serie de casos de malentendidos, relacionados con las diferentes capas de significación de un enunciado, con el propósito de mostrar así que son "reales" y que hay que considerarlas al proponerse cualquier teoría del "entendimiento". Estaba, por tanto, considerando el malentendido en relación con la teoría del "entendimiento" de la misma manera en que se sostiene que el comportamiento patológico es capaz de aclarar la naturaleza del comportamiento "normal", esto es, de una manera externa e indirecta.

Yo tenía, sin embargo, alguna razón para creer que ésa no era la única utilidad que un análisis del malentendido podría tener, al ser articulada a una explicación de lo "entendido". En verdad, he planteado hace algunos años (Dascal 1977) que, por lo menos en un tipo de "entendimiento" — el de las implicaciones griceanas —, la noción de malentendido desempeñaba un papel relevante. De tal importancia que sugerí, entonces, la inclusión de una "regla" especial — "verificar si hay malentendido" — en el conjunto de mecanismos heurísticos, que pudiera dar cuenta de la interpretación de estas implicaciones.

En la medida en que profundicé en los ejemplos de malentendidos tanto auténticos como imaginarios que pretendía discutir, quedó claro para mí que las ligazones entre lo entendido y lo malentendido eran más estrechas y más complejas de lo que yo —y muchos otros— habíamos imaginado hasta entonces. Fue evidente para mí que, además de su papel preponderante en el funcionamiento de los fenómenos considerados pragmáticos, la noción del malentendido era también necesaria para explicar otros diversos fenómenos lingüísticos, actualmente asociados a la semántica y no a la pragmática. Si yo pudiera expresar esto en una fórmula corta y un tanto paradójica, diría que me parece ahora que una parte significativa del entender tiene que ver con el malentender.

En este artículo, mi preocupación principal será la de apoyar esta afirmación por medio de ejemplos. Formularé algunas hipótesis sobre los diferentes papeles de los mecanismos lingüísticos relacionados con lo que se podría denominar “la generación del malentendido en la conversación”. Como se podrá fácilmente observar, el abordaje es ecléctico ya que tiene origen en diferentes fuentes teóricas (por ejemplo, la semántica de cuadros [*frame semantics*], la teoría de los actos de habla, la teoría de las implicaciones conversacionales, la teoría de los conjuntos vacíos y recientes abordajes de la comunicación en términos de reglas sociales de comportamiento).

Me gustaría haber tenido más datos empíricos, tales como grabaciones de conversación espontánea, en donde ocurra el malentendido. En ausencia de tales datos, tuve que contentarme con casos relatados en la literatura, con casos que me fueron descritos por los mismos participantes y con casos imaginarios. Creo, sin embargo, que las hipótesis generan más datos y que los datos generan más hipótesis.

2. Cualquier enunciación de una frase en portugués transmite a su oyente o, más ampliamente, a su intérprete, una “significación” que va más allá de lo que generalmente es descrito como el “significado” de la frase. Mientras que el significado está normalmente relacionado con el “contenido proposicional” de la frase, su significación incluye muchos factores, además de este contenido proposicional: A) el motivo de la enunciación del hablante (que puede incluir o bien el objetivo [*point*] del enunciado o bien su “motivación”, o ambos); B) la fuerza ilocucionaria del enunciado; C) el grado de compromiso del hablante con lo que dice (que Hare acostumbra llamar *neustic*) D) los mensajes indirectos tales como las “implicaciones conversacionales” que el enunciado puede o no (intencionalmente) transmitir; E) las informa-

ciones no intencionales sobre el hablante y sus creencias que puedan ser inferidas a partir del enunciado, etcétera. Pienso que hay razones para creer que la significación (o por lo menos la parte no-intencional) de una enunciación, a pesar de incluir una serie de factores que son de cierta manera indeterminados, está razonablemente bien estructurada, a la manera de una cebolla. Los diversos factores mencionados constituyen las “capas” de significación. Las más internas son las que están relacionadas con el “contenido proposicional” y son normalmente explicadas por la semántica, mientras que las más externas (esto es, las relacionadas con las implicaciones conversacionales) han sido tradicionalmente asociadas con la pragmática. Naturalmente, se ha discutido mucho acerca de las capas intermedias (esto es, las fuerzas ilocucionarias) y hasta el momento no hay acuerdo acerca de si pertenecen a la semántica o a la pragmática. No necesitamos preocuparnos por esta discusión aquí, si admitimos que estas capas pueden ser discernidas y que la interpretación de una enunciación no puede, en principio, desconocer ninguna de ellas para que pueda ser “totalmente” entendida<sup>3</sup>. Para simplificar, citemos a Fillmore (1976:78): “toda vez que interpretamos lo que alguien dice o escribe, hay cuatro preguntas que necesitamos responder:

“I) ¿Qué dijo él?”

“II) ¿Sobre qué estaba hablando?”

“III) ¿Por qué se tomó el trabajo de decir esto?”

“IV) ¿Por qué lo dijo de esta manera?”

Estas preguntas, algunas de ellas ambiguas, identifican alguna de las capas de significación a que nos referimos. La primera fue abordada por la semántica, la lingüística y la filosofía tradicional. La segunda ha sido objeto de las actuales versiones ampliadas de la semántica, la *frame* o *scene-semantics* del mismo Fillmore. La tercera, según Fillmore, tiene estrechas relaciones con la pragmática — por ejemplo, la teoría de los actos de habla y la lógica de la conversación —, y la última con la retórica.

Independientemente de si estas disciplinas son claramente discernibles y si las preguntas permiten distinguir las capas de significación de una enunciación, ellas pueden servirnos para entender una enunciación y —según nuestro objetivo aquí— como guía para identificar varias formas del malentendido, pues, evidentemente, un malentendido puede ocurrir si damos la respuesta “equivocada” a cualquiera de las preguntas o a cualquier combinación de las preguntas (I)-(IV). En otras palabras, el malentendido puede ocurrir en cualquiera de las capas de significación. Un primer paso para el análisis del malentendido es, por tanto, identificar la capa en la cual aparece.

Por desdicha, en la mayoría de los casos, como los ejemplos lo evidenciarán, más de una capa está en juego. En verdad, tanto el malentendido como el "entendimiento" resultan de formas específicas de interacción entre las distintas capas. El análisis, por tanto, requiere no sólo que las capas sean identificadas, sino también que los mecanismos de interacción en cuestión sean descritos, ya que el mal funcionamiento de los mismos puede causar el malentendido.

Mi preocupación principal en este artículo será el malentendido en la conversación; el enunciado del hablante A, unido a las propiedades del contexto y del co-texto en el cual es emitido (por ejemplo, su "posición" en el transcurso de la conversación) establece lo que denominé una "exigencia conversacional" (cf. Dascal 1977). Es en relación con esta exigencia que la apropiación de la respuesta del interlocutor B tendrá que ser juzgada (por A, principalmente). Observen que la respuesta de B es, en verdad, una respuesta a la percepción o interpretación de B de la enunciación de A y de la exigencia conversacional que ésta establece. En otras palabras, la respuesta de B es una función (entre otras cosas) de las respuestas que B da a las cuatro preguntas, aplicadas al enunciado de A.

La adecuación de la respuesta de B dependerá, determinadamente, de su habilidad para interpretar la enunciación de A de una manera muy cercana a la interpretación que A da a su propio enunciado. Algunos autores describen este pre-requisito como "correspondencia de información": "Teóricamente una comunicación se produce cuando hay correspondencia de información entre dos personas" (Ruesch 1972:37). Pero "información", aquí, debe ser entendida de una manera muy amplia, porque lo que está en juego es la correspondencia que debe existir entre la "información" en el sentido del "contenido proposicional", las injunciones para que se actúe de determinadas maneras (entre otras para que se exprese en actos de habla que pertenezcan a ciertas y no a otras categorías) y el uso de ciertas reglas y principios comportamentales, etcétera. En verdad, la correspondencia exigida incluiría, en cierto grado, todas las capas de significación ya mencionadas. Es claro que nunca exigimos o actuamos con "total" (sea lo que esto signifique) comprensión; por tanto, "la correspondencia de información" no necesita ser una correspondencia completa. Como ya fue observado muchas veces, frecuentemente respondemos de modo selectivo frente a cualquier conjunto de estímulos, y los estímulos lingüísticos no son excepción a la regla. Podemos ignorar algunas de las capas de significación y enfocar nuestras respuestas a otras, y las que reconocemos pueden ser sólo parcialmente

reconocidas<sup>4</sup>. La correspondencia necesaria es, por tanto, de naturaleza claramente aproximativa o vaga (*fuzzy*). Sin embargo, cuando la interpretación de B de la enunciación de A está en total desacuerdo con la interpretación pretendida por A, la respuesta de B probablemente será inadecuada, según la opinión de A, y un malentendido puede producirse. También será posible detectar muchas veces la capa o capas responsables del malentendido y, en consecuencia hacerse las correcciones necesarias.

Consideremos ahora algunos casos que ilustran malentendidos relacionados con las diversas capas de significación.

Las ambigüedades lexicales pueden crear malentendidos que se relacionan con la primera pregunta de Fillmore, a pesar de que en la mayoría de los casos no están, ya que las frases que contienen expresiones ambiguas son fácilmente aclaradas, tanto por el contexto como por el co-texto. El ejemplo que sigue también parece pertenecer al dominio de la semántica propiamente dicha:

1) V, profesional extranjera en terapia por la danza, participa como observadora de una sesión de grupo en un hospital de Berkeley. Ella no es presentada al grupo por el terapeuta responsable de la sesión. Después de participar durante algún tiempo de las actividades del grupo, V conversa con uno de los pacientes:

V (habiendo notado el acento del paciente):

¿De dónde eres tú?

P: Yo soy de Malta. ¿Y tú?

V: Soy de Israel.

P: ¿Cuánto tiempo te quedas aquí?

V: Dos meses, más o menos.

P: Haa-uh... (entonación ascendente, que expresa solidaridad y piedad) estoy aquí sólo por dos semanas.

V: ¡Ah, no! Estoy aquí sólo por esta sesión.

El malentendido en este ejemplo parece localizado en el deíctico *aquí*: V y P sólo atribuyeron referentes distintos a ese deíctico, esto es, "Estados Unidos" (o Berkeley) y "este hospital", respectivamente. A pesar de que los deícticos son uno de los primeros tópicos de la pragmática, su interpretación siempre requiere la determinación de referentes, es un tópico que en verdad pertenece a la teoría de la referencia, parte tradicional de la semántica. Sin embargo, si se examina la cuestión con más cuidado, se debe reconocer que el malentendido en (1) está íntimamente relacionado con la segunda pregunta de Fillmore, la que exige una semántica ampliada. La primera pregunta

de V está incluida en la escena o esquema de “establecimiento de interacción”, cuyas dimensiones tienen que ver con el lugar de origen, lugar de residencia permanente, estadía temporaria fuera del lugar de residencia permanente, etcétera. V continúa operando dentro de este esquema durante toda la conversación (excepto en su última participación). P, sin embargo, cambia repentinamente de escena y pasa a una completamente diferente: la del “internado”, en la que el tiempo de internación está relacionado tanto con la gravedad de la enfermedad como con el *status* relativo de los pacientes. Los diversos referentes atribuidos a *aquí* tienen que ver, por tanto, con escenas diferentes respecto de las cuales los hablantes están “conversando”. Este cambio de escena por P habría sido normalmente indicado por algún mecanismo que pudiera evitar el malentendido. En última instancia, la falta de preocupación de P por proporcionar esta señal podría ser un indicio de que hay algún disturbio en su competencia comunicativa.

Los casos que siguen están relacionados con la tercera pregunta de Fillmore. Todos tienen que ver con el “objetivo” de la enunciación, aunque de manera diferente. Del mismo modo que la ambigüedad lexical, los denominados “actos de habla indirectos” raramente producen verdaderos malentendidos. La fuerza ilocucionaria “indirectamente” transmitida es fácilmente determinada de modo tal que la mayoría de las personas interpretan (2), no como un malentendido de la fuerza ilocucionaria de la enunciación de A, sino como un chiste (sin broma):

2) A: ¿Puede pasarme la sal?

B: Puedo (ninguna acción es realizada).

Tanto en (3) como en (4), la fuerza ilocucionaria es correctamente identificada como si fuera una pregunta:

3) (Profesora, haciendo un movimiento de brazos, pregunta a una alumna)

P: Y ahora, ¿qué estoy haciendo?

A: Tu estás en la “tuya”.

4) (Cura, visitando a un ladrón en la cárcel)

C: ¿Por qué robaste el banco, mi hijo?

L: Porque allí hay “lana” de verdad<sup>5</sup>

Sin embargo, el “objetivo” no es identificado correctamente, ya que el conjunto de respuestas posibles que el hablante tiene en mente diverge considerablemente de lo que se manifiesta en la reacción del oyente. En (3), P probablemente quiere alguna descripción de las características físicas del movimiento que está haciendo, no de su intención. Una respuesta tal como

*Tú estás mostrándonos un movimiento* sería tan inapropiada como la que la alumna dio y pertenecería, supongo, al mismo conjunto de alternativas que ella consideró al dar su respuesta. En (4), la indicación gráfica de la entonación contrastiva ayudaría a describir tanto el equívoco como el conjunto de respuestas posibles. Mientras que en la pregunta de C, el elemento contrastivamente marcado sería *robó* o quizás la cláusula completa, *robó el banco* (probablemente, respecto a estos sintagmas el cura tiene en mente las alternativas *trabajar, o ganar dinero honestamente*), el ladrón la interpretó como si el énfasis estuviera en *banco* y dio una explicación relevante a un conjunto de alternativas que incluye, por ejemplo, *banco, supermercado, bar, etcétera*.

El ejemplo siguiente, presentado por Laing (1976:136), a pesar de estar relacionado con los ejemplos presentes y con la tercera pregunta de Fillmore, muestra cómo la atención a los detalles de la estructura de la conversación, en lo que se refiere a las “exigencias conversacionales”, es necesaria para que los malentendidos sean evitados.

5) Él: Tengo dos hijas. Las eduqué para que no se interesaran por el sexo. Ahora son personas importantes, cada una en su área académica.

Yo: ¿Son?

Él: ¿Cómo?

Yo: ¿Interesadas por el sexo?

Él: No. Están muy bien casadas.

Una de las características de una pareja conversacional, del tipo exigencia-reacción, parece ser su “inmediatez”. Una reacción necesita ocurrir en concordancia temporal estricta a la exigencia conversacional a la cual responde(5) pues, de otra manera, un malentendido puede ocurrir. Y parece haber un principio conversacional que establece que es siempre la “última” exigencia, o la más reciente, la que debe determinar la respuesta del interlocutor. Consideremos ahora el primer enunciado de (5). Contiene tres aserciones. Normalmente, la última de estas aserciones establecería la exigencia conversacional a la cual “yo” tendría que reaccionar. “Yo”, sin embargo, escogió reaccionar a la segunda aserción sin dar (aparentemente) indicaciones de su intención. En ausencia de esta indicación, “Él” debería interpretar la reacción como si fuera a su tercera aserción. Pero el contenido proposicional de esta aserción es tal que —“¿Son?”— solamente podría ser interpretado (dependiendo de su contorno entonacional) como un comentario cortés (y desinteresado) o como una pregunta sobre la veracidad de la aserción. Las dos interpretaciones necesitarían tener contornos entonacio-

nales específicos, que difieren completamente de un contorno regular de la pregunta del tipo "petición de información". Frente a esta situación de información conflictiva, "Él", en lugar de responder aleatoriamente, recurre a un mecanismo que sirve para evitar el malentendido. Observen que el cuestionamiento de la segunda aseeración por medio de "¿Son?" no permite ninguna de las interpretaciones mencionadas arriba (comentario cortés o cuestionamiento de la verdad de la aseeración), pero puede ser fácilmente interpretada como una verdadera petición de información, ya que se refiere al posible resultado de un proceso de educación y no al hecho de que este proceso haya tenido lugar. Muchas veces es difícil distinguir entre la incapacidad de entender el "objetivo" (y la exigencia conversacional a él asociada) de una enunciación y el acto deliberado de ignorar que la respuesta que fue dada está relacionada con este "objetivo". Por ejemplo:

6) Juanito corre en dirección de su madre, gritando con alegría:

J: Mira, ¡agarré una lombriz!

M: (Seca) Vaya a lavarse esas manos sucias.

Ruesch (1972:54-55) denomina la respuesta de M "comentario tangencial", dado que enfoca un aspecto de la enunciación de J que es totalmente marginal al "objetivo" por él pretendido. En este caso, o la madre no percibió el entusiasmo de J, que buscaba otro tipo de comentario, o ella lo ignoró deliberadamente y, en este caso, su enunciación podría tal vez ser vista como portadora de una implicación. Esta última posibilidad existe sólo en la medida en que la respuesta de M tenga alguna relación aunque sea marginal, con el enunciado de J.

En mi opinión, el caso siguiente pertenece también al conjunto de cuestiones planteadas por la tercera pregunta de Fillmore.

7) La comida es servida en la alberca; A y B se encuentran por primera vez:

A: ¿Tú no crees que este *grappe fruit* está pasado? Apuesto a que es de lata.

B: ¡Hay tantos *grappe fruit* por ahí! ¿Por qué usarían jugo de lata cuando tienen fruta fresca?

A: Ah, sí; creo que hoy no tengo ganas de tomar jugo.

Según Ruesch<sup>(6)</sup>, quien discute este ejemplo (1972:31-32), "A" interpretó *pasado* literalmente, y reaccionó a la idea de fruta enlatada *versus* no-enlatada. Ella no entendió que la otra mujer quería decir algo como, "A mí no

me gusta el jugo de *grappe fruit*" o "La comida de aquí no es buena" o "¿Por qué sirven esto?", o quizás porque sólo quería conversar. Esta paciente tiene, por lo general, tendencia a atenerse al sentido literal y denotativo y a desconsiderar los aspectos connotativos de las palabras. Me parece que lo que ocurre en este caso es semejante a lo que aconteció en (2), o sea, una interpretación incorrecta de la fuerza ilocucionaria del comentario. Tratar este malentendido en términos de diferencias tales como denotativo *versus* connotativo, o literal *versus* no-literal, oscurece la distinción entre este caso y otros, en los que las nociones de denotación y connotación son más adecuadas para describir lo que ocurre. En verdad, estas nociones pueden ayudar a explicar un gran número de malentendidos, de la misma manera que la pareja de significado "emotivo" *versus* "cognitivo", empleada por Stevenson parece estar relacionada con discordancias relativas a hechos (esto es, al significado cognitivo), mientras que en verdad son discordancias de actitud (esto es, del significado emotivo):

8) A: Juan es de confianza. Él no cambia de opinión todos los días.

B: No, Juan es temeroso. Es difícil hacerlo cambiar de opinión.

A pesar de que algunos autores (por ejemplo, Osgood) consideran que el componente "emotivo" es el constituyente básico del "significado", éste pertenece, en verdad, a una capa de significación un tanto diferente que, considerando el modelo de la cebolla, aparece como "externa". Otro ejemplo en el que las capas "externas" (que probablemente contienen "matices" emocionales) tienen influencia en la producción de malentendidos, es la siguiente experiencia personal:

9) Antes de dejar Israel para ir a Berkeley, pedí a la Biblioteca Nacional de Jerusalén que me fueran enviadas a Berkeley fotocopias de algunos manuscritos. Recibí las fotocopias con una cuenta en dólares, bastante más alta de lo que se acostumbraba a pagar con la moneda corriente israelí. Escribí a la biblioteca en hebreo pidiendo que me cobrasen en shekels israelíes, de acuerdo con los precios estipulados. Recibí la siguiente respuesta:

"Respecto a su carta dirigida a nuestra sección de copias, nos gustaría recordar a usted que cobramos en dólares a nuestros clientes del exterior. Los precios especiales son destinados solamente a los clientes locales. Favor de enviar la cantidad de..."

En este caso, las inferencias fueron hechas y las medidas tomadas a partir de presupuestos incorrectos sobre la significación de la dirección del remitente, a pesar de las evidentes señales contrarias a estos presupuestos, tales

como mi carta en hebreo, o el uso del papel con el sello de la Universidad de Tel-Aviv en el pedido original, etcétera. Lo que me irritó en la respuesta fue la sugerencia de que ya no era un "local", implicación que generó emociones y asociaciones, más allá de los límites del marco de la transacción comercial, que era el marco explícito de un intercambio de cartas.

El ejemplo (10) (Gumperz 1980a: 320,323), aparentemente tiene que ver con la cuarta pregunta de Fillmore:

10) Un líder de la comunidad negra norteamericana, figura muy conocida y altamente polémica, habla en una manifestación pública de protesta a la política de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam. En el discurso compara el tratamiento dado por el gobierno norteamericano a las poblaciones no-blancas en el extranjero, a la manera como las minorías étnicas son tratadas en los Estados Unidos. En la medida en que la audiencia —predominantemente blanca— va demostrando su impaciencia y hostilidad, el tono de voz del orador sube y su discurso se torna más intenso (no están incluidos aquí el tono, las pausas y las indicaciones enfáticas, presentes en la transcripción del discurso, todos datos pertinentes para el análisis):

Orador: (Después de haber mencionado a Richard Nixon): "Éste es el hombre responsable por todos los ataques al partido *Black Panther*... en todo el país. Éste es el hombre que manda sus perros malvados...asesinos..., a la comunidad negra e invade los programas del desayuno de nuestro... partido *Black Panther*... destruye la comida... que tenemos para los niños que tienen hambre, y espera que la gente acepte de brazos cruzados toda esta mierda. Jodan a este hijo de puta. Nosotros vamos a matar a Richard Nixon."

(La audiencia protesta) "Nosotros vamos a matar a cualquier hijo de puta que se entrometa en el camino de nuestra libertad."

(Poco tiempo después, el líder fue preso y acusado de amenazar la vida del presidente americano. La defensa sustentó que el orador había usado un tipo de hipérbole característica del dialecto negro, que no era una amenaza de muerte, y que la acusación era fruto de un malentendido).

Partiendo del supuesto de que, de hecho, el líder cambió su registro al emplear el dialecto inglés negro,<sup>7</sup> y que no dijo, en este dialecto, que el presidente debía ser muerto, sino que su poder político debería ser destruido, la pregunta que todavía queda por hacer es: ¿por qué lo dijo de esta manera, o sea, por qué cambió su registro por el del dialecto negro? En verdad, el malentendido habría sido evitado si el cambio hubiera sido percibido por el auditorio, independientemente de que hubiese una explicación para este cambio o no. Pero la falta de esta explicación, o una

explicación equivocada, podría, por otro lado, generar fácilmente otros malentendidos. Por ejemplo, el auditorio podría considerar el cambio a un dialecto (parcialmente) incomprensible, como un insulto. Gumperz mostró que una de las causas probables de este cambio está relacionada con la función ritual de un determinado estilo de predicación religiosa negra y con la alternancia rítmica de los dialectos. Si estas sugerencias son correctas, es evidente que el "¿Por qué?" de la pregunta (VI) no necesita ser siempre respondido en términos de las intenciones conscientes del hablante, sino que puede referirse también a las reglas que gobiernan su comportamiento y que no son de su conocimiento.

Por último, me gustaría presentar un ejemplo de malentendido (Modarresi, 1977) que me parece fruto de una falta de sensibilidad a las maneras por las cuales los gestos, la expresión facial y otros elementos no verbales son combinados con elementos verbales en la producción de "enunciados":

11) (M es una niña psicótica de 10 años de edad. Lo que sigue es parte de una entrevista entre la terapeuta y M)

T: Yo no tengo certeza de qué quieres decir con *contenta*. Tengo la certeza de que voy a entenderte después, si tú pudieras ser un poco más clara.

M: (Sacudiendo de sus manos arena mojada): ¿Ya estoy un poco más clara?

T: Si tú fueras un poco más clara sería más fácil entenderte.

M: (Amasando gentilmente su pastel de arena): Mire, yo estoy un poco más clara.

T: (Un poco sorprendida): ¿Tú crees que estás más clara ahora?

En efecto, ¿las manos recién sacudidas de la arena mojada no quedan "más claras" en el sentido de "más limpias"? La entrevista continúa con un largo fragmento, en el que la terapeuta no logra identificar la producción fonética de M un poco distorsionada, de la palabra *bright* (inteligente). En verdad, M parece entender la petición de aclaración de la terapeuta respecto al significado de "contenta" como insulto. Ella muestra que ella está "clara", y cuando esto es "claramente" insuficiente para la terapeuta (ver su último enunciado), M pasa a sostener que ella es inteligente (al contrario de lo que es sugerido por la terapeuta, según la interpretación de M). Quizás, incluso la distorsión fonética de la palabra tenga una significación aquí (relacionada otra vez con la pregunta IV), o sea, poner en evidencia que la terapeuta, al ser incapaz de reconocer la palabra, no es tan inteligente. De cualquier modo, este diálogo ilustra una serie de malentendidos, de diferentes niveles y no sólo de parte de la paciente.

3. Estos ejemplos ilustran una amplia variedad de incorrecciones de malentendidos relacionadas con las diferentes capas de significación de una enunciación. A pesar de que el contenido de cada uno varía considerablemente, estos ejemplos tienen un patrón común. Dada la "exigencia conversacional" de A respecto a B, la respuesta de B es inadecuada en relación con una o más capas, porque la percepción de B de esta exigencia conversacional es diferente de la percepción que A tiene de la que él mismo estableció en su enunciación. Consideremos ahora la posición de A en su próximo turno de conversación: la respuesta que le es dada es inapropiada según su criterio. Él tiene que interpretar esta respuesta y reaccionar frente a ella. Pero para esto, necesita saber si la respuesta de B está o no relacionada con un malentendido de su exigencia conversacional. Esta información está más directamente ligada a los intentos de A por encontrar una respuesta a la pregunta III (¿será que el enunciado de B pretendió ser una respuesta a mi enunciado de la manera como yo lo entiendo?)

Pero también es probable que si se percibe que el "objetivo" de un enunciado puede ser procesado en primer lugar, esta información determina sus respuestas a las otras tres preguntas y también a manera en que el contenido proposicional, el marco y los mecanismos retóricos serán percibidos.<sup>8</sup> Así, la capacidad de decidir si hubo o no malentendido por parte de B parece ser una precondition para cualquiera de las preguntas interpretativas a que A necesita responder, lo que, a su vez, es una precondition para su capacidad de dar una respuesta adecuada a la exigencia conversacional establecida por el enunciado de B, a esta altura de la conversación.

La disponibilidad de medios para "averiguar el malentendido" parece ser, por tanto, una condición *sine qua non* para que haya un buen funcionamiento de la conversación en todas sus capas.

Como ya mencioné anteriormente, en ninguna otra ocasión esta habilidad se muestra tan necesaria como en el caso de la generación y comprensión de implicaciones. Para interpretar una implicación es necesario que se descubra la (aparente) violación de la máxima. Esto se hace en la forma de una evaluación de alguna especie de desajuste (irrelevancia, en el caso de la máxima relevancia) entre la exigencia conversacional de determinado momento de la conversación y "lo que es dicho" en un enunciado, que supuestamente responde a aquella exigencia. Denominé "semántico" a este nivel de comparación (Dascal, 1977), en oposición al nivel "pragmático" que toma en cuenta la significación de una enunciación como un todo (lo que es dicho más lo que está implícito). Sin embargo, la violación detectada deberá

accionar un proceso generador de implicación solamente si es percibida como una violación intencional a la máxima.

De acuerdo con las distinciones que Shimanoff (1980: 132-134) establece entre los cuatro tipos de comportamiento negativo frente a una regla, el problema está en determinar si el comportamiento del hablante es, en verdad, un "comportamiento violador de la regla" o si se trata de un "comportamiento desconocedor de la regla", "equivocado en la aplicación de la regla" u "opuesto a la regla".

Según sus definiciones, el comportamiento desconocedor de la regla ocurre cuando la falla en la aplicación de la regla se debe a la ignorancia de la misma. Esto generaría un malentendido entre los hablantes que no comparten una o más reglas. El comportamiento equivocado en la aplicación de la regla no se debe a la ignorancia de la regla, sino solamente a una momentánea desatención a ella. El comportamiento violador de la regla exige no sólo que el actor conozca la regla sino también que tenga conciencia de que su comportamiento no concuerda con ella. Por último, el comportamiento "opuesto a la regla" abarca todos los arriba mencionados más una evaluación negativa de la regla. La regla, pues, no es sólo violada como también (conscientemente) rechazada.<sup>9</sup> En otras palabras, malentendidos pueden ocurrir porque el oyente identificó erróneamente la manera por la cual el hablante dejó de obedecer a una regla. Si esta falla es solamente debida a los comportamientos "equivocados" en la aplicación de la regla" o "desconocedor de la regla", ella no puede ser utilizada para impulsar una búsqueda de implicaciones. Del mismo modo, si hay otras explicaciones causales, no necesariamente relacionadas con las reglas, para la aparente inadecuación de la respuesta (por ejemplo, falta de atención a un estímulo) como en el caso de Menon (Dascal, 1977), ninguna implicación debe ser atribuida al agente.

Debido a estas consideraciones, yo propongo añadir dos "reglas" (C) y (M)<sup>10</sup> al sistema de mecanismos heurísticos que orientan al oyente en su tarea de deslindar las implicaciones que puedan ser expresadas por una enunciación. Estas reglas son:

(C) Averiguar si hay explicación causal.

(M) Averiguar si hay mal-entendido.

Obviamente, el lugar adecuado para ubicar estas reglas en el sistema heurístico es inmediatamente después de la atención de una supuesta violación de alguna máxima (o, más generalmente, de un desajuste) y antes de cualquier intento de hipótesis sobre las posibles implicaciones vehiculadas.<sup>11</sup>

De cierta manera, esta estrategia resulta de la aplicación del principio de parsimonia de Occam: explicaciones causales o explicaciones que identifiquen malentendidos son más simples o menos difíciles que explicaciones (de un aparente desajuste) que atribuyan al hablante implicaciones. Por tanto, si las primeras son aceptables, ellas deben ser preferidas a las últimas, en cualquier contexto.

Consideremos ahora de qué modo la regla (M) podría ser seguida. Obviamente, A no tiene acceso a lo que B está pensando para poder averiguar cómo construyó su exigencia conversacional. A necesita confiar en *tips* que son observables o, en otros procedimientos, para tener alguna certeza de que no ocurrió un malentendido, para entonces proseguir en su tarea interpretativa. Sin embargo, ya que él es la persona que establece la exigencia conversacional en primer lugar, al determinarla puede tomar un cuidado especial para impedir que un malentendido ocurra. Evidentemente, lo que él puede (y debe) hacer respecto a esto, es examinar con cuidado los posibles malentendidos de las palabras que seleccionó para decir y, de esta manera, corregirlas anticipadamente para evitar los malentendidos que él identificó como capaces de ocurrir dado el contexto.<sup>12</sup> Pero no se espera que este procedimiento sea totalmente eficiente. Algunos malentendidos ocurrirán, inevitablemente, a despecho de las precauciones del hablante. Por tanto, a fin de ser capaz de proseguir (M), él tiene que tener medios para detectar los malentendidos, y también para corregirlos si es necesario. La responsabilidad de un hablante sobre lo que él mismo dice en una conversación no está limitada a su enunciación. Para su conveniencia, una vez que desea producir interpretaciones fidedignas de los enunciados de su interlocutor, necesita seguir de cerca los efectos de sus enunciaciones, a fin de poder detectar los malentendidos y corregirlos.

Dada la importancia de estos procedimientos en la comunicación, se espera que una especie de "sistema de gerencia de malentendidos", que consiste en mecanismos de prevención, detección y corrección de los mismos (posiblemente tres diferentes subsistemas), pueda ser utilizado por cualquier hablante. Estos mecanismos no son solamente lingüísticos, sino también paralingüísticos y no verbales. Además de esto, pueden tener como función principal la "gerencia del malentendido" o ser sólo ocasionalmente usados para este propósito. Mayores detalles sobre la naturaleza de estos mecanismos aparecerán en el desarrollo de investigaciones empíricas sobre el tema; en la etapa actual, todo lo que puedo hacer es dar algunas sugerencias sobre diferentes mecanismos que parecen pertenecer a cada uno de los

tres subsistemas mencionados. Consideremos la primera frase de este artículo: "*There has been a lot of discussion, among linguists and among philosophers about the nature of understanding*". Puede parecer un tanto extraña, quizás agramatical, a causa de la cláusula *among linguists and among philosophers*. Esta construcción fue elegida para mostrar con claridad que la situación que yo tenía en mente no era una en la que filósofos y lingüistas están en campos antagónicos, debatiendo la cuestión unos contra los otros. Juzgué que ésta era la idea que me sería atribuida si hubiese usado, en aquella cláusula, la forma más simple *among linguists and philosophers*. Por tanto, el uso por segunda vez de *among*, aparentemente redundante y supuestamente agramatical, tuvo la intención de evitar un malentendido. En verdad, todo este esfuerzo fue producto de mi precario dominio de las posibilidades lexicales que la lengua inglesa ofrece para casos como éste. Si yo me hubiese acordado de la existencia de dos opciones lexicales, o sea, *between* y *among*, que difieren precisamente en el hecho de que la primera expresa predicción doble, mientras que la segunda predicción única, yo no habría pensado que *among linguists and philosophers* podría tener, como una de sus lecturas, el significado de *between linguists and philosophers*. Sin embargo, el ejemplo es ilustrativo.

En primer lugar, porque en lenguas como el portugués y el español, en las cuales un único ítem lexical —entre— desempeña las funciones tanto de *between* como de *among* (en el contexto en cuestión), mi cuidado sería justificable, ya que el malentendido que yo quería evitar ciertamente se produciría. En segundo lugar, porque el ejemplo sugiere la complejidad que es necesaria para evitar un malentendido. El tipo de malentendido que intenté evitar tiene que ver, principalmente, con la especificidad de la naturaleza del predicado (único o doble) y con su objetivo. En el contexto, como en la mayoría de nuestros ejemplos, va mucho más allá de este "mero" hecho sintáctico-semántico. Obsérvese, por ejemplo, que el malentendido en cuestión se da tan sólo a causa de la presencia del sustantivo *discusión* al inicio de la frase. Si yo hubiera utilizado publicaciones (*writing*), por ejemplo, no se presentaría ningún problema de este tipo. *Discusión* está asociado a una "escena" prototípica, en la que por los menos dos facciones, con opiniones que son de alguna manera divergentes, intercambian ideas sobre algún tópico más o menos específico. Las "variables" contenidas en esta escena mental esquemática pueden o no ser llenadas por la información presentada por el contexto o por una mayor elaboración textual: se refieren a la naturaleza de los intercambios de palabras (que en verdad deben ser



concebidas como escenas encajadas con una estructura interna propia), al tipo de divergencias, al (a los) tópico(s) en discusión y a las dos facciones comprometidas.<sup>13</sup> Este último ítem puede ser especificado de varias maneras. Las dos facciones comprometidas en la selección lexical (si es de esta manera que se hace la especificación) de *between*. En el caso de que un grupo sea una de las facciones identificadas, no se presenta, sin embargo, la necesidad de especificar si todos los componentes, la mayoría, o solamente algunos miembros del grupo producen los enunciados de la discusión. Éste es uno de los puntos en los que la especificidad en cuestión produce vaguedad (*fuzziness*). Si son mencionadas más de dos facciones, entonces la selección lexical debe ser *among*, pero ellas también pueden ser especificadas ya sea individualmente, ya colectivamente como grupo, o como varios grupos, etcétera. Y no se hace ninguna referencia a los pares, a los tríos de "debatidores" que provocan "muchoa discusión". Probablemente, la falta de cualquiera de estas especificaciones podría ser la causa de algún malentendido, en un contexto suficientemente especializado, pero no es necesario tomar en cuenta todo este abanico de posibles, pero difícilmente probables malentendidos para que no se produzcan. Es necesario, sin embargo, preocuparse por los malentendidos posibles; esta probabilidad de ocurrencia es consecuencia, o bien de ciertas ambigüedades inherentes a la forma lingüística empleada o bien de características específicas de este contexto particular de uso.

Sería una tontería suponer que la única función de estas palabras, como en el segundo uso que hago de *among*, o como en portugués, en la correcta recurrencia de *entre*, sea la de evitar el "malentendido". Como vimos, tienen el objetivo de especificar la naturaleza del predicado en cuestión, lo que constituye una respetable función semántica. Pero a no ser que se tenga en mente que se quiere evitar el malentendido, no hay condiciones para responder adecuadamente, en los casos mencionados, a la pregunta (III), relacionada con el uso de estas palabras en el enunciado analizado. En verdad, cualquier palabra puede ser usada con la función de evitar el malentendido. Pero algunas palabras o construcciones parecen, de alguna manera, especializarse en esto. Sospecho que las palabras con esta especialización son las que se denominan "indicadoras de objetivo" (*both, either* que en algunas lenguas vienen en parejas), algunas especies de calificadores (*hedges*), y palabras de "cancelación" como *sino* en uno de sus sentidos: en hebreo *aval* alemán *aber* (cf. Dascal y Katriel, 1977).

En lo referente a los mecanismos correctores de malentendidos, elemen-

tos no especializados pueden ser utilizados. Éste es el caso del énfasis dado a *aquí* en la última frase del ejemplo (1). Pero, para este caso, sospecho que algunas palabras o construcciones lingüísticas pueden también especializarse para esta tarea. Un caso a ser considerado parece ser el sentido correctivo de *pero* (lo que corresponde al hebreo, *ela*; al alemán, *sondern*) que requiere de una negación explícita en la oración que lo precede.

Ya que el malentendido se genera, la mayoría de las veces, simultáneamente con la producción y recepción del habla, es probable que los mecanismos especializados en esta función sean principalmente no-verbales, o por lo menos para-lingüísticos. Gumperz (1980b) menciona un serie de "tips para-lingüísticos contextualizados" que indican "el entendimiento" y muestra cómo su ignorancia por hablantes extranjeros, puede causar malentendidos. Estos *tips* son, en verdad, indicadores de entendimiento y no de malentendidos. Algunos gestos, sin embargo, parecen especializarse en indicar una cosa u otra. Hacerlos con la cabeza indican el primero, mientras que frentes fruncidas el último. De cualquier modo, es evidente que los dos sistemas están íntimamente relacionados, ya que la ausencia de señales que indican "entendimiento" puede sugerir un malentendido o dificultad para entender. Sin embargo, se necesita mucho más para que este subsistema pueda ser correctamente descrito (se debe notar, especialmente, que hay una diferencia evidente entre los indicadores de malentendido y los de no-entendido).

#### Notas

1. Tomado de Cuadernos de Estudios Lingüísticos, núm. 11, Departamento de Lingüística, Universidad de Campinas, Sao Paulo. Traducción del portugués de Julieta Haidar. Una versión preliminar de este artículo fue presentada en la 52ª Reunión Anual de la Western Speech Communication Association, San José, California, 1981.

2. Véase, sin embargo, Zaefferer, 1977 y la bibliografía incluida. Me gustaría señalar que no voy a tratar aquí de lo que Bierwisch denomina *linguistic errors* (Bierwisch, 1970).

3. La representación de la significación de un enunciado en la forma de una cebolla fue discutida, y algunas de sus implicaciones fueron exploradas en Dascal y Katriel (1977, 1979) y Katriel y Dascal (1984).

4. No hay razón para suponer que todas las capas desempeñan el mismo papel en el comando de la respuesta. El aspecto referido como el objetivo (*point*) de la enunciación, normalmente puede tener un papel dominante. Pero "el objetivo" solamente puede ser determinado por el oyente si toma en consideración tanto factores pragmáticos como semánticos. Además, en muchos casos, un aspecto marginal de la enunciación puede comandar la respuesta. Esto puede ocurrir en la forma de un "comentario" (como los

expresados por adverbios del tipo francamente, honestamente, etcétera) o de una clara implicación del hecho relatado en el enunciado (como el comentario tangencial en el ejemplo 6), o por alguna otra cosa. Una investigación empírica más cuidadosa debe aclarar en qué medida las diferentes capas contribuyen para establecer la exigencia conversacional que comanda la respuesta.

5. El ejemplo es de Hilary Putnam. Este ejemplo también es, la mayoría de las veces, interpretado como un chiste y no como un caso de verdadero malentendido.

6. Ruesch (1972:49 y *passim*) enfatiza la importancia del momento adecuado de una respuesta, no sólo para evitar malentendidos, sino también para evitar daños más permanentes en la competencia comunicativa —especialmente en el caso en que los interlocutores sean niños: “Señales, declaraciones y mensajes en momento inoportuno, tienen los más devastadores efectos en la primera infancia”.

7. Gumperz presenta una serie de razones que justifican este argumento, incluyendo observaciones sobre otras formas que el orador usa a esta altura del discurso, algunas de las cuales son típicas del inglés negro; también hace observaciones sobre el ritmo, entonación y otros patrones característicos que allí ocurren. Una investigación posterior relatada por él muestra que hablantes negros de aquella área normalmente utilizan *kill* (*matar*) metafóricamente y no literalmente (*he killed that bottle*: él mató aquella botella, significando *he killed that bottle* él terminó aquella botella); para expresar la idea de quitarle la vida a alguien son usadas normalmente otras expresiones (por ejemplo, *to wipe him out*, *to rip him off*).

8. Gumperz (1930:320) parece sugerir un orden jerárquico semejante: “... una inferencia conversacional depende de múltiples niveles de señalización. Primero procesamos el habla para obtener la perspectiva general o el cuadro interpretativo en términos de lo que juzgamos que está aconteciendo y después, en el orden adecuado, usamos este cuadro interpretativo para decidir lo que se pretende en cualquier etapa del evento, y cómo responder”. Esto está ligado a la cuestión apuntada en la nota 4. Me parece que la interacción entre las varias capas o “sistemas de señalización” es un tanto complejo y que, hasta ahora, no tenemos pruebas de que una u otra de estas señales sea generalmente “procesada en primer lugar”.

9. A pesar de que Shimanoff señale algunos indicadores (de comportamiento) que cree que están relacionados con estos cuatro tipos de comportamientos, principalmente en lo que se refiere a la aceptación de sanciones, me parecen un tanto débiles y mal fundamentados. Además, todos ellos están relacionados con lo que ocurre después del acto de hablar. por tanto, la determinación del malentendido solamente *post factum*. En este sentido, menosprecian la necesidad de mecanismos de control preventivos e inmediatos del malentendido, cosa que discuto más abajo.

10. Uso comillas porque las reglas propuestas son realmente reglas de interpretación y no “reglas que prescriben comportamiento”, las únicas que Shimanoff (1980:51ff) propone llamar “reglas” propiamente dichas. Creo que prohibirlas como “reglas de interpretación” es

discutible, principalmente en su versión generalizada que prohíbe todas las reglas “prescriben cogniciones.” Sin duda, las “cogniciones” no pueden ser prescritas. Pero ciertas reglas pueden tener relación con un intento de “orientar” nuestros mecanismos cognoscitivos a contenidos determinados y no a otros. Es perfectamente razonable, por ejemplo, concebir una regla que dice “Oriente su atención al estímulo más sobresaliente en el contexto y reaccione a él (cf. mi análisis del caso Menon). Esto se refiere directamente (y no sólo indirectamente, como hacen todas las otras reglas de comportamiento) a un estado cognoscitivo. ¿Alguién diría que ésta es una regla de “comportamiento” ya que “prescribe” comportamiento mental? Si es así, yo no discuto la propuesta pero, ciertamente, varía completamente el término “comportamiento” de cualquier significado distinto. Otra manera de responder a las críticas de este tipo a las reglas de interpretación por mí propuestas, es decir, que una regla tal como (M) puede ser en verdad derivada de una regla de comportamiento en el sentido estricto, quiero decir, algo semejante a la cuarta máxima de Grice (de “manera”): “Sé claro (esto es, en la lectura propuesta, evita malentendidos) en tus actos de habla”.

11. Observaré que esto difiere completamente de la “ordenación” propuesta en el sistema de Gazdar (1979), en el que todas las implicaciones (esto es, implicaciones potenciales) de una oración son generadas en primer lugar, y entonces el contexto es utilizado para cancelar las que no caben, permaneciendo solamente las verdaderas implicaciones. Creo que este sistema podría saturar la capacidad de procesamiento de cualquier hablante real. El sistema es, en la mejor de las hipótesis, una descripción estrictamente formal de la naturaleza de la implicación, pero no es un modelo teórico del modo en que las implicaciones pueden ser usadas en la conversación.

12. Este requisito es semejante a una de las reglas de la clásica *disputatio* escolástica, que estipula que el defensor de una tesis tiene que responder solamente a las objeciones que sean de hecho levantadas contra la tesis. Él no tiene la obligación de defenderla contra todas las posibles objeciones. La “defendibilidad” de una tesis depende de aquella habilidad y no de esta última. Leibniz utilizó esta distinción de una manera interesante con el propósito de responder a los escépticos que negaban la posibilidad de distinguir entre lo que está más allá de la razón (por ejemplo los misterios de la fe), y lo que es “contrario a la razón” (cf. Dascal, 1975, para detalles).

13. La escena o estructura de la *discusión* pertenece a una “familia” de tales escenas, esto es, la familia de eventos comunicativos. En vista de las teorías “cognoscitivas” del lenguaje, que actualmente están siendo desarrolladas en Berkeley, en las cuales se hace una distinción entre un modo de “comprensión” y un modo de “acción en desarrollo”, ambos ligados a un mismo enunciado, sería interesante descubrir a cuál de estos modos realmente pertenece el sistema de “gerencia del malentendido”. En verdad, una vez que se relaciona con la cadena del habla (*flow of speech*) y al encadenamiento adecuado de los segmentos del discurso, pertenece al modo de “acción en progreso”. Por otro lado, debido a la propia naturaleza del

malentendido, debe también relacionarse con el modo de "comprensión". Estoy seguro de que George Lakoff, que ha usado esta distinción, no haría objeciones al descubrimiento de mecanismos que pertenezcan a los dos modos, ya que le proporcionaría pruebas para sostener su tesis de que "semántica" es igual a pragmática, esto es, que hay íntima correlación entre los dos modos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bierwisch, M. 1970. "Fehlerlinguistik". *Linguistic Inquiry* 1, pp. 397-414.
- Dascal, M. 1975. "La razón y los misterios de la fe según Leibniz". *Revista Latinoamericana de Filosofía*. 1, pp. 193-226.
1977. "Conversational Relevance". *Journal of Pragmatics*, 1, pp. 309-327.
- Dascal, M. y Katriel, T. 1977. "Between semantics and pragmatics: Hebrew 'aval' and 'ela'", *Theoretical Linguistics*. 4, pp. 143-172.
1979. "Digressions: A Study in conversational coherence". *PTL: A Journal for Descriptive Poetics and Theory of Literature*, 4, pp. 203-232.
- Fillmore, C.J. 1976. "Topics in lexical semantics" in R. Cole (Ed). *Current issues in linguistic theory*. In R. Cole (ed), Bloomington, Indiana University Press, pp. 76-138.
- Gazdar, G. 1979. *Pragmatics: implicature, presupposition and logical form*, Nueva York, Academic Press.
- Gumperz, J.G. 1980a. "The role of dialect in urban communication". *Zeitschrift Dialektologie und Linguistik*, 26 (Beiheft), pp. 318-333.
- 1980b. "The sociolinguistics basis of speech act theory". *Versus: Quaderni di Studi Semiotici*, 26/27, pp. 101-121.
- Katriel, T. y Dascal, M. 1984. "What to indicating devices indicate?". *Philosophy and Rethoric*, 17, pp. 1-15.
- Laing, R.D. 1976. *The facts of life*. Nueva York: Pantheon Books.
- Modaresi, T. 1977. "Motor organization and symbolic signification in child hood psychosis". *American Journal of Dance Therapy*, 1, 3-11.
- Ruesch, J. 1972. *Disturbed communication*. Nueva York, Norton.
- Shimanoff, D.B. 1980. *Communication rules: Theory and research*. Los Angeles, Sage.
- Stevenson. 1946. *Ethics and Language*. Nueva Haven, Conn: Yale University Press.
- Zaefferer, D. 1977. "Understanding misunderstanding". A proposal for an explanation of reading choices. *Journal of Pragmatics*, 1, pp. 329-346.